

en ella, la del casto amor; que Dios la haga crecer en ella cual perfume del corazón! Dormid bajo la higuera ó el sicomoro, comed los frutos de Dios, gustad un dulce sueño, y cuando la alondra haya anunciado con su canto vuestro despertamiento, volveré á veros hijos míos, y á aleccionaros en el santo nombre de Aquel que hace brillar la aurora! ¡Sabreis qué destino me ha traído á este sitio: amad al siervo de Dios, pero no adoreis á nadie sino á Él!

Y así diciendo, el anciano los bendijo con santo ademán: los esposos pasaron el resto del día, que ya se acercaba á su ocaso, hablando en voz baja de aquel espíritu visible, y en esta conversacion los sorprendió el sueño.



SÉPTIMA VISION.

EL PROFETA

Las olas del mar reflejaban en su tornasolada espuma los encendidos arboles de la naciente aurora cuando los jóvenes amantes se despertaron, al sentir su tibia claridad, en el seno de aquellos lugares encantados. Los tigres, los leones, las panteras, las águilas, interrumpiendo las reglas de su feroz instinto y tendidos junto á ellos sobre el espeso musgo, los contemplaban pacíficamente con mirada dulce y tranquila, mientras los niños, besando su pelaje leonado y oscuro, metían sus brazos de leche entre los dientes de marfil de las mansas fieras.

Cedar y Daidha, llenos de asombro, no podían dar crédito á semejante mansedumbre; y al ver cosas tan fuera de lo regular, se creían trasportados en sueños á un mundo ideal. Como el anciano tardaba en llamarlos, dieron algunos pasos por el jardín, pero de modo que apenas se atrevían á apoyar sus piés descalzos en el suelo, enseñándose uno á otro cada objeto con misterioso ademán, y andando con la misma reverencia y silencio con que se anda por las sagradas naves de un templo. El jardín, que formaba un plano inclinado, se escalonaba en grandes terraplenes, y al descender ambos esposos por aquella cuesta de verdura, se hallaron delante de la abertura de la roca. Esta era ancha y tan alta que habrai

dado paso holgadamente á un gigante, como si una raza antigua y colosal hubiese tallado á su medida aquel inmenso recinto. Los vientos de alta mar se engolfaban de lleno en aquella arca subterránea despues de romperse en el promontorio, haciendo que las paredes vibraran como un órgano: los rayos del sol, que aun no brillaban con toda su fuerza, introduciéndose á medias bajo la roca habitada, dejaban todo el fondo á oscuras, y confundian los objetos en una media tinta en la que luchaban las sombras de la noche y la opaca luz.

Los esposos no se atrevian á penetrar allí; su tímida mirada buscaba al santo anciano en el fondo de aquella penumbra; mas, aún cuando las tinieblas le ocultaban todavía el vago y sordo murmullo de las palabras que pronunciaban los labios del abstraído profeta, consagrado á la oracion, les sirvió de guía para divisarlo en lo más retirado de la gruta. Cuando penetró en ella la luz del dia, hirió de lleno los párpados del buen viejo, y entrambos jóvenes, recatándose tras un ángulo oscuro, le contemplaban de frente sin que él pudiese verlos. Estaba de rodillas ante una gran piedra, con el rostro y el cuerpo vueltos hácia la luz, los brazos levantados como las ramas que surgen de un tronco, y tenia abiertas las descarnadas manos como para abarcar con ellas celestes pensamientos. Bajo la inspiracion que de su corazon emanaba inclinábase su frente, y su mirada parecía leer en el cielo abriéndose un camino al través de la peñascosa bóveda. Sobre el fragmento de granito que le servia de apoyo tenia un libro abierto ante sí; libro que, considerado por los ignorantes jóvenes como un objeto misterioso, hizo que estos le tomaran por el dios del solitario, y mucho más al ver que parecia dirigirle sus plegarias, y que de vez en cuando lo besaba con respeto. Aquel libro estaba forrado de oro, y al cerrar su abrazadera, despedia en ella fúlgidos destellos un enorme carbunco, semejante á encendida ascua; en las placas de oro que le servian de cubierta habia esculpida admirablemente una paloma azul con ojos de diamante, melodioso símbolo de la inspira-

cion, la cual tenia abiertas sus doradas alas cual si quisiera remontar el vuelo. Sus patas de márfil y su pico de coral parecian adheridos al esmaltado lomo del volúmen, y sus alas, emblema esplendente del alma, se abrian y cerraban con el libro mismo. El viento entreabria á veces los ángulos de la maravillosa abrazadera y agitaba las páginas del volúmen, del propio modo que arrebatara una pluma al avecilla dormida.

En anciano, insensible al eco de sus pasos, no separaba la vista de aquellos objetos: el acompasado movimiento de sus labios daba á entender que por su mente cruzaban secretos pensamientos; y el oído percibia confusos acentos cuyo sentido quedaba á veces interrumpido por silenciosas pausas.

—¡Oh Padre de todas las criaturas! decia: oh Padre cuyo templo está do quiera existe la naturaleza y cuya presencia dilata y llena lo infinito, ¡bendito sea tu nombre en toda alma y en todas partes! ¡Que tu reino eterno, que surge diariamente, comience y termine sin cesar con la obra sin fin! ¡Que, inspirada en el amor divino, vínculo de tu bondad, toda voluntad quiera con la tuya! Concede al hombre, á ese sér efimero que brota de tu seno, el pan que necesita para su vida transitoria! Haznos gracia del tributo de que á nuestra vez la habremos hecho al perdonar á nuestros enemigos. No nos sometas á una prueba sobrado ruda, por temor de que nuestra deleznable materia prevalezca sobre el alma; ántes bien, deparándonos tu auxilio en nuestras luchas, haz que tus terrestres hijos salgan triunfantes del mal.

Tal era el murmullo salido del alma de aquel santo á la hora en que la naturaleza exhala todos sus perfumes, plegaria que mas adelante nos enseñó el hombre-Cristo, en la que se oye gemir la carne con el espíritu, y en que el hombre se atreve á dar á Dios el nombre de padre, otorga á sus enemigos el perdon que él espera alcanzar, y dice, profiriendo una doble verdad: ¡A Dios, misericordia! ¡al hombre, caridad! ¡plegaria que, en el principio de las cosas, debió el hombre encontrar en lo profundo del corazon haciéndola subir hasta

sus labios, y cuyos celestiales acentos, corrompiéndose en ellos, se extraviaron perdidos en el moho de los sentidos, hasta que hallándola de nuevo bajo nuestras ruinas un Verbo hecho carne, la comunicó más elevado concepto con sus labios divinos!...

Petrificados de temor y admiración, los amantes contemplaban aquel religioso fervor. A cada acento que salía de los labios del profeta, creían ver brotar de su cabeza el rayo interior que lo animaba, y sin poder acertar á qué sér superior dirigía aquel sus palabras, velábanse sus almas ante el destello esplendoroso de Dios. Por fin cerró el libro el anciano, y levantando el rostro divisó á los esposos. Del propio modo que esconde las manos el que lleva un tesoro, ocultó, él el dorado volúmen en un pliegue de su manto, y encaminándose á los jóvenes fascinados por el temor, los condujo de la mano fuera del oscuro recinto.

Hizo que la jóven pareja se sentase á su lado en una de las verdes mesetas del sonoro promontorio, en la cual erguían sus troncos tres palmeras juntas cuyas flexibles copas oreaba el hálito de los mares. Sonrió á Daidha, rogó á Cedar que le trajera los niños, sentólos en sus rodillas, imprimió un beso en sus frentes y se los entregó á su madre, y como si el aspecto de las candidas criaturas hubiera despertado en su mente amargos y dolorosos recuerdos, enjugóse algunas lágrimas que asomaron á sus blancos párpados, y procurando luego disipar de su semblante varonil aquella pasajera nube con una tierna sonrisa, dijo con voz penetrante y paternal á los esposos que, sentados á sus piés, le contemplaban absórtos:

—¡Que el acento del Señor vibre en mis palabras! ¡Pobres adoradores de silenciosos ídolos, en vano os dirigiria mi voz si Él no os hablara! ¡Pero su dedo es el que ha encaminado vuestros pasos hasta aquí, y él me manda sembrar en vuestras almas ese nombre que se habia ya sembrado por sí mismo en nuestros corazones! ¡ese nombre que ha dispersado el viento profanador de las supersticiones de los pueblos, para que en esta tierra infame hubiese al ménos una raza que con-

servase el sello divino impreso en su alma! ¡Oh caros vasos vivientes de inocencia y de amor, derramad á vuestra vez en los demás lo que yo voy á derramar en vosotros! ¡Sea yo la brasa apagada que se consume, pero arrojada al extinguirse en la hoguera á la que prende fuego! ¡Hermosos hijos de la noche, ábranse vuestros ojos, y para aprender á conocer á Dios, conoced ántes lo que es el universo!

«Lejos de este cielo que nos cobija, del desierto en que estamos, hay otra raza de hombres que se ha multiplicado como los enjambres de abejas que salen de las rústicas colmenas. La tierra desaparece bajo las oleadas humanas de esas grandes tribus que se desbordan de las llanuras; ya no son suficientes para albergarlos los antros de las rocas habitadas en otro tiempo por ellos, sino que han brotado del suelo inmensas ciudades, construidas para su morada con grandes piedras arrancadas de las montañas. El mármol, el granito, lucientes metales, fundidos en el horno ó labrados á martillazos y ocultos en las entrañas de la tierra, los cubren con bronceadas techumbres ó forman sus murallas. Al contemplar de lejos sus descomunales contornos en donde descuellan á porfía cúpulas y torres, créese ver surgir en medio de los campos deslumbradoras montañas de hierro, plata y oro. El sol, dando en ellas de lleno, resplandece cual vasto incendio sobre aquel mar de metal, y las humaredas que se remontan desde aquellos innumerables techos extienden un velo sombrío sobre gran parte del cielo; el bullicioso rumor que esas gentes producen no puede contenerse en el recinto de sus muros; óyesele á lo lejos como los bramidos del mar, y ese ruido formidable estremece la tierra á gran distancia mucho más que los rugidos de los tigres ó de las panteras. Suspéndese la respiración al escucharlo, y ante ese estruendo creciente, el hombre conoce que no es otra cosa sino una mísera yerbecilla arrebatada por el vendaval ó un grano de arena de los mares sepultado bajo las olas.

»Esos hombres, hijos míos, no tienen bastante, para aplacar su hambre, con los frutos que Dios pone á su alcance; su

insaciable muchedumbre devora en un solo día más de lo que en mil producen los campos ; en vano es que en estos ondulen las mieses hasta perderse de vista como ondulan los mares en el espumoso horizonte, pues cometiendo un sacrilego crimen que estremece á la naturaleza, piden nuevo alimento á la sangre, que corre formando arroyos por sus cenagosas ciudades ! ; Véanse en ellas montones de cadáveres : arrastran desde las floridas praderas á la inocente oveja criada por su propia mano, y degollándola sin remordimiento á la vista del cordero, saborean su carne y viven de la muerte ! ; Así es que la sangre aun caliente que chorrea de su boca los ha hecho adquirir gustos brutales y miradas feroces, y como se sacian continuamente de alimentos crueles, sus corazones corrompidos desconocen la compasion ; les agrada derramar sangre y matar al inocente, aguzan el hierro en forma de flechas ó de puñales, el oficio de matar es para ellos una gran ciencia, dan el nombre de victoria á las más horribles matanzas, y escriben sus gloriosos hechos en caracteres de sangre ! ; Un solo objeto guia á sus héroes, matar para esclavizar ! ; El pueblo los aborrece y sin embargo se mata por ellos : sin cólera y sin odio, llevan á los combates bandadas de buitres y traillas humanas que, á una señal suya, se degüellan mutuamente para saber qué déspota los tiraniza mejor !

» ¡ Oh ! ; Si hubieseis visto esos grandes campos de batalla cubiertos de negros cuervos desparramando las entrañas de los cadáveres, de águilas que acuden á apagar su sed en negros charcos de sangre, de millares de hombres cuya carne se pudre, de cráneos descarnados de los cuales pende aun la cabellera, en los que anida el reptil y murmura la brisa, y de osamentas blanquadas por la humedad de la noche, que crujen como la arena hollada por los pies !..... Si hubieseis visto grandes manadas de hienas arrastrar aullando hácir sus guaridas esas naciones humanas, y la yerba, impulsada por el viento, ondular sobre los esqueletos de un pueblo entero sepultado bajo ella, os estremeceriais de horror y os felicitariais de ser hijos del desierto y oriundos de otra raza !.....»

Los amantes, aterrorizados, preguntaron al anciano :

—¿ Pero esos pueblos de malvados viven al azar ? Los padres decrepitos de esas tribus insensatas han perdido el juicio ?

—Los padres de esas numerosas tribus, contestó el viejo, há ya mucho tiempo que no las gobiernan ; esa dulce autoridad de la sangre, dictada por la naturaleza, fué la primera en abdicar su santa dictadura. Naciendo y muriendo con las generaciones, no bastaba ya á los progresos de las naciones ; el mundo, al envejecer, perdió sus leyes prósperas, y ninguno de los hijos de hoy conoce á sus padres. Si, la misma familia ha roto sus lazos ; el bruto conoce á sus hijos, pero el hombre ignora cuáles son los suyos ! Fórmanse fugaces consorcios, unidos por sensual deseo, y se rompen para formar otros, obedeciendo á un nuevo capricho ; y temerosos los hombres de sujetar su corazon para siempre, cambian entre sí de amores y de amantes. Habiendo pues padres sin derechos é hijos sin agradecimiento, resulta que todo sentimiento humano ha perdido su influjo, que el sagrado hogar del corazon está apagado, y como nadie reconoce más deberes que los que le impone su brutal instinto, los tiranos están más seguros de encontrar esclavos en el hombre emancipado de todas estas trabas. Los déspotas mandan, el hierro secunda sus mandatos ; nada enternece el corazon, nada detiene la mano, pues para someter un pueblo al yugo de un amo infame, es preciso emponzoñar su alma con el tósigo del vicio.

—Pero sus dioses, dijo Daidha, ¿ están siempre dormidos ó son tan insensibles y sordos como ellos ?

—¡ Sus dioses ! exclamó el anciano. ¡ En sus horribles blasfemias, algunos hombres osados se han hecho dioses á si mismos ! Ofuscando la muchedumbre con sortilegios sagrados, han conseguido que la ignorancia y el miedo los eleven á la categoría de divinidades. Para imponer su yugo al resto de la tierra, rodean de impenetrable misterio, sus secretos, y haciendo más densas las tinieblas que anublan el espíritu del pueblo, impiden que penetre la luz en la mente de los que

sus malas artes seducen. Con objeto de conservar su funesto poderío, esos dioses, que son en corto número, ciegan todo lo demás, y abusando del insulto y de la afrenta, levantan la altiva frente sobre la muchedumbre. Los más hermosos mortales renuevan su raza, y si sale del pueblo algún hombre distinguido, lo mandan degollar para que no perturbe su tiránica paz, ó lo admiten entre ellos para reforzar su número, y orgulloso entóces éste con el nombre divino que le da la supercheria, llega á saber que es dios para pisotear al hombre; como ellos, ofrece en sacrificio á su propia divinidad la humanidad entera como si fuese un vil rebaño, vive del sudor de la raza esclavizada, se lava en su sangre y juega con su vida, y á fuerza de cometer odiosos desmanes consigue que el esclavo tiemble ante él y le reconozca por dios.

»Viven aparte en fortísimas moradas, cuyas puertas defien- de la muerte del acceso de los humanos; su palacio, erigido en elevadas mesetas, como el águila construye sus nidos en las más empinadas cumbres de los montes, cubre con sus bóvedas una inmensa colina desde la cual se ve hormiguar la ciudad dominada por él. Los robustos cimientos de los muros de ese palacio de perímetro inmenso están coronados de torres, en cuyos baluartes, donde dormita el rayo, están siempre velando sus guardias con la chispa en la mano; su brazo mata á larga distancia y hiere sin tocarlos á cuantos tienen la audacia de acercarse á ellos, y ciertos globos de fuego, más rápidos que el pensamiento, llevan la muerte á donde quiera que su vista los ha lanzado.

»No hay frases capaces de describir, hijos míos, lo que esos muros misteriosos encierran. Hay allí bosques de mármoles sin fin, cuya sombra y murmullo tienen la frescura de los árboles; los follajes de oro puro, labrados con el cincel, se agitarían al soplo de la brisa y engañarían á las aves; ríos enteros desviados de su curso, corren por debajo del suelo y brotan á modo de manantiales, regando con la menuda lluvia de sus anchurosos chorros las flores de los jardines colgantes; y lanzados al cielo en columnas líquidas, vuelven á caer for-

mando cristalinas arcadas. Milagroso palacio, bóveda artificial, en que los ojos ven ondular el cielo al través del agua, y en que el fulgor del sol, que recrea la vista, argenta su luz con el ternasolado reflejo de las aguas, y rompiendo sus rayos en mil diamantes, llena los ámbitos de deliciosa frescura y resplandores. Por la noche, cuando se enciende el faro de esos palacios, la espuma de esas cúpulas líquidas despide refulgentes destellos, y la luz, multiplicando sus cambiantes en esas aguas, hace que esos ríos inflamados parezcan acarrear llamas.

»En otros palacios de jaspe y pórfido, los elegidos coronados de ese mágico imperio hacen temblar á sus vasallos y tiemblan á su vez bajo las leyes de un tirano cuya corte forman. Un solo hombre tiene innumerables esposas que se disputan con terribles celos una mirada suya; el arte de enervar los sentidos es allí la primera de todas; la velada desnudez de las mujeres cautiva la vista, y fascinando la mente, atrayendo las almas, y esforzándose á porfía en dar pábulo al aguijón del deseo en esos corazones estragados, consumen al hombre con sus ardorosas caricias. Para aumentar la embriaguez de estos deleites, saben destilar de las flores un veneno cuyo pesado vapor sofoca la razón sumiendo á los mortales que lo apuran en sus cálices en ensueños divinos de éxtasis inefables, á cuyo efecto mezclan estos jugos con el dorado licor de las uvas cuya chispeante espuma corre en sus festines. Todas las aves del aire, todos los peces del agua, todo cuanto vuela, ó nada, ó se arrastra en este mundo, muriendo para satisfacción de sus placeres con la muerte más cruel, sirve de sangriento manjar en sus comidas, y como si tantos sacrificios no fuesen bastantes para recrear sus embotados paladares, véseles arrancar al tierno niño del seno materno para saborear con delicia su carne. Estragados ya sus gustos por tantos y tan monótonos excesos, procuran sazonzarlos con el crimen: no saborean ya el amor ni la belleza, si el horror no va unido á su lascivia, si no aguijonea su alma algún grito de dolor exhalado por la boca en

que desfallece de placer la suya. En los infames pasatiempos de su divino ocio, su primer deleite es el suplicio del hombre, teniendo verdugos que inmolan continuamente en su presencia víctimas humanas para que sus ojos feroces se recreen á porfía en tan cruento espectáculo. Ora hacen trabar horrendos combates de hombres con fieras ó de hombres entre sí, é incorporándose en sus mullidos lechos al ver los copiosos chorros de sangre que brotan de las venas y al contemplar las palpitaciones de los miembros en el suelo, recorren todo su cuerpo estremecimientos de placer. El grito arrancado por los tormentos es para ellos la armonía más sublime, y sus ojos beben con afán la agonía en los ojos de sus víctimas. Ora mandan quemar hombres vivos para ver cómo ondea la azulada llama en torno de sus cuerpos; y á veces, á los fulgores de tan bárbaras antorchas, abominables faros de ese piélago de crímenes, escuchan cómo vibran en el bronce ó la madera esos ruidos con que el arte de los sonidos imita nuestra voz, y que halagando sus oídos con prolongados acordes, armonizan el soplo del viento que los trae consigo; y mientras esos coros de voces é instrumentos los embriagan con sonidos gratos para ellos, no lejos de allí, atormentan á los niños y á las mujeres haciéndoles desgarrar las carnes á latigazos para que los espantosos gritos que lanzan amenicen aquellos conciertos con un concierto de ayes, y para que, anegada su alma en más refinado goce, contraste con su júbilo el acento de la desesperación.

»Sin duda os estremeceis; vuestros corazones inocentes saltarian de horror en vuestro pecho al oír mis relatos, mis repugnantes pinturas mancillarían vuestros pensamientos, y llegaríais á creer, hijos míos, que he perdido la razón si acabara de presentar á vuestros ojos en todo su asqueroso horror la sentina del crimen en que Dios los ha sumido, si os mostrara á esos hombres en sus sangrientas guaridas, envidiando su ponzoña y sus dardos á las víboras, urdiendo tramas y conspirando sin cesar unos contra otros, abrazándose un momento para desgarrarse mutuamente después, no ali-

mentando más sentimiento humano que la envidia, matando, exterminando siempre para defender sus vidas, aliándose y dividiéndose en secretas facciones, precipitándose en las oleadas de sus sediciones, llevando ocultas bajo su manto armas siempre prontas á herir, vertiéndose recíprocamente el veneno en la copa de sus festines, y, para gustar el fruto de crímenes no realizados, sacando de sus mismos remordimientos el afán de cometer nuevos desafueros. Hasta tal punto puede degradarse para siempre bajo el peso de la blasfemia el hombre que se ha convertido en único dios de sí propio.»

Mientras así hablaba, los jóvenes esposos se miraban de vez en cuando é iban separándose involuntariamente del lado del anciano. Este, que hubo de notar su miedo, añadió:

—Si, yo he nacido de esa infame raza; sí, yo he vivido en medio de esas iniquidades; pero he conseguido desprenderme de tanta mengua: escuchad.

«La madre que me amamantó en esa cloaca impura donde nací, era hija de una tribu nómada; estaba cautiva en mi país y detestaba con toda su alma tan odiosa residencia; los soberanos de los dioses se disputaban sus atractivos; pero ella mezclaba con lágrimas la leche que me daba, porque en el seno de las grandezas que ofendían sus ojos acordábase de las tiendas de sus abuelos, así como del santo Dios de su tierra, y su corazón se abstenía de todo culto adúltero. Cuando en cumplimiento de las leyes de mi país, me arrancaron de su seno que aún manaba para mí, por temor de que algún día el hijo conociera á la madre, su corazón desgarrado sufrió indecibles angustias, y echándose á los pies de sus verdugos, les pidió que le concedieran algunos días más para acabar de criarme. Durante esos días, escatimados por una indulgencia avara, ocultando su santo crimen á una venganza cierta, desgarró con su uña ensangrentada la piel de mi blanco pecho, llorando al oír mis gritos; y coagulándose en mi herida la sangre que de ella brotaba, inscribió con ella en mi pecho un nombre, el santo nombre de Dios, que quedó grabado para siempre del propio modo que jamás se borra la cicatriz cau-

sada por la mordedura de un tigre. Poco despues despidióse de mí con más sosegado llanto, confiada en que algun dia podria conocer, merced á aquella señal, al hijo de sus entrañas en el hombre desarrollado.

»Crecí confundido con los otros niños sin que nadie echase de ver la señal impresa en mi piel, ejerciendo los serviles oficios de palacio, acostumbrado por los dioses á toda clase de ejercicios sangrientos, instruido por su ejemplo en pisotear á los humanos, encendiendo en sus torres sus fulminantes rayos, aventajando á mis rivales, y llegando en breve á ser dios á mi vez. Sin embargo, sentia cierto horror hácia aquel sacrilegio, y ya fuese porque el nombre del Señor, estampado por mi madre como un sello sobre mi corazon, me produjese este efecto, ó ya porque corria por mis venas la sangre más benigna de otra raza dejando en ellas algun rastro de sus virtudes, lo cierto fué que aquel ministerio me parecia execrable; que al mismo tiempo que adoraba á los dioses, los aborrecia, y que siendo su discípulo predilecto, pero hosco en alto grado, vomitaba con el corazon lo que su boca me enseñaba.

»Herido gravemente en uno de esos combates que los hombres de arriba trataban con los de abajo, yacia yo anegado en mi propia sangre, mientras las aves de rapiña, revoloteando sobre mi cuerpo, lanzaban gritos de júbilo: muerto á los ojos de los vivos, algunos hombres desapiadados, al pasar junto á mí, me daban con el pié, cuando de pronto se presentó una mujer en el campo de batalla. ¡Oh! la que llevó al hombre en sus entrañas, para saber si su corazon late aún bajo su mano, se desvia siempre de su camino! Aquella mujer parecia interrogar el aliento de los cadáveres esparcidos por el llano; y apartaba su férrea armadura para descubrirles el pecho y comunicarle algun calor. No parecia sino que sus ojos espiaban con recelo algun signo fatal en el seno de los muertos. Pasando de cadáver en cadáver acercose por fin á mí inclinóse sobre mi lívido rostro, advirtió en mí un resto de aliento, descubrió mi pecho con mano convulsa, y precipitóse sobre mí procurando ahogar sus gritos:—«Adonai, exclamó; ¡oh, eres

»tú! ¡eres tú, hijo mio! ¡Tú, arrebatado á mi cariño por su crueldad; y á quien la muerte ¡ay! me devuelve!» Yo sentia el ardor de sus besos, oia sus acentos, por segunda vez le debia la vida, pues al palpitante soplo del amor de una madre, recobré el calor y con él el aliento, y faltándome la voz, á pesar de mis esfuerzos, la respondia con el corazon, con la mirada y con la mano. Restañó mi sangre con fibras de corteza y levantándose en sus envejecidos brazos, que recobraron la suficiente fuerza para ello, me trasladó de noche desde aquel campo de matanza á su humilde y oscura morada.

»¡Ah! Era un pobre y asqueroso albergue situado en un arabal lejano, sentina de la ciudad, en que la esclava, desecho de régios amores, disputaba su diario sustento á los animales más inmundos; pero esa necesidad de amar que siente toda criatura, ese despertamiento de mi alma á la casta naturaleza, ese cariño maternal y esos compasivos besos, me hicieron su vivienda preferible á los palacios de los dioses. Gracias á los cuidados de mi madre, cicatrizáronse muy en breve mis heridas, y desengañado de esos reyes cuyo culto es una quimera, instruido secretamente en el verdadero nombre del Dios único, resolví vivir ignorado en aquel sitio, y cual esclavo voluntario, dedicarme á labrar la tierra para sustentar á mi anciana madre con el producto de mi trabajo, y para conocer el yugo que sobre los demás hombres pesaba y compartirlo con ellos, haciendo así más ligera su carga. La noticia de mi muerte era la salvaguardia de mi imprudencia; y vestido con harapietas ropas, descendí á mi vez hasta las ínfimas clases del pueblo, viviendo confundido entre ellas. Así pasé largos dias de paz y de miserias: mi madre me enseñaba á consolar á mis hermanos, á curar sus heridas, á ayudarles en sus cuitas y á partir con ellos mi pan. Llevado del propósito de no aumentar mi miserable casta, mi corazon, jóven y ardoroso todavía, observó siempre una rígida castidad y acumulé en él tesoros de amor para consagrarlos á otro amor más santo. Cuando me retiraba á nuestra humilde mansion cansado del penoso trabajo del dia, mi madre y yo rezá-

bamos á cubierto de los tiranos opresores de nuestra alma; ella me describía despues costumbres ménos bárbaras, que decia que habia sido la más bella de sus hermanas, que allá en los países orientales, en las tiendas de sus padres, todos los hombres eran iguales, amigos y hermanos; que su Dios, sér sin nombre, uno, inmaterial, hablaba tan sólo al espíritu, y no vivia más que en el cielo; que si bien en la tierra se le designaba con palabras, sus ritos más puros no eran más que símbolos; que ningun nombre podia contenerle; que definirle equivalia á ultrajarle; que su justicia no necesitaba rayos ni furoros, y que el incienso más grato para él era el bien que se hacia con objeto de complacerle.

»Al evocar mi madre tan sagrados recuerdos llorábamos juntos, y ambos hacíamos votos por que lucieran días mejores, diciéndonos que tanto crimen y tanta tiranía, aquel reinado de la falacia y de la discordia, desaparecería sin duda muy pronto de la faz de la tierra, que no tardaríamos en ver llegar tiempos más santos, y que, harto ya de ultrajes el Dios que mora en las alturas, haria pedazos su obra para renovarla. Luego para apresurar la aurora de esos días, derramábamos ante él nuestro llanto confundido con nuestras almas, y del fondo gimiente de este mar cenagoso subian dos plegarias que consolaban á los ángeles.

»Cuando mi madre sintió que se acercaba su última hora, antes de tenderse en su lecho mortuario, me indicó con un ademan una piedra sellada que habia debajo de su esterilla de junco al pié de la pared. Extendiendo su brazo desnudo hacía aquel tesoro oculto, me dijo con voz pausada y moribunda:

—»Cuando ya no exista, levanta esa piedra; el tesoro del »Señor está ahí oculto entre el polvo! Cuando me arrebataron »del país de mis abuelos, de cuantos objetos preciosos habia »en sus tiendas sólo pude recoger, ocultas entre los pliegues »de mi ropa como un hombre sorprendido esconde lo que »roba, algunas hojas sueltas de nuestros libros sagrados es- »critas por los ángeles y enseñadas de padres á hijos; llevé-

»me aquellas hojas á fin de que fuesen para mí como una voz »natal que me hablara en los países extranjeros de las cosas »de mis padres.»

»Y en efecto, hijos míos, los libros son la voz con que los hombres de otros tiempos hablan á los hombres de hoy; voz que habla á los ojos en las líneas trazadas en que reviven sin cuerpo pensamientos invisibles, en que el espíritu ve por siempre las huellas del espíritu, como se ven las de un pié humano estampadas en la arena; donde los ángeles amigos del hombre, invento fecundo que hace al alma mortal inmortal en este mundo, y merced al cual conversarán desde los límites del tiempo los que un dia fueron con los que serán.

—«Toma ese libro divino, continuó mi madre; es el espíritu de mi padre y el alma de mi alma; Dios mismo lo ha dictado á un mortal; es el gérmen escondido de toda verdad! »¡Es la mies del cielo, es la simiente verdadera cuyas espigas »ahogarán un dia la cizaña, para que la herencia divina atraviese todas las épocas y se extienda por do quiera! ¡Oculta »ese tesoro á los tiranos de la tierra; ¡oh vergüenza! la verdad debe quedar rodeada de misterio, pues el infame soberano del mundo usurpado pisotearia el buen grano ántes que se le llegara á sembrar!»

»Dijo, y su alma, desprendiéndose de su carnal envoltura, se remontó á la celeste morada. La muerte la arrebató al cielo en sus alas, y al perderla yo de vista la volví á ver con el corazón.

»Cuando la hube sepultado en la paz de los muertos, tomé el libro de vida del sitio en que estaba escondido, y lo leí. Parecióme que me hablaban á la vez millares de voces emanadas de lo pasado; que mil verdades inflamaban mis párpados y que me inundaba de claridad una luz enteramente nueva. Cada palabra me deslumbraba; no aparecen tantas estrellas de noche en el firmamento como fúlgidos destellos brotaban de aquellas páginas. Referíase en ellas cómo habian surgido ordenadamente todas las cosas á la voz de unos solos labios; describía aquel libro el nacimiento del hombre y la historia de

los días que han trascendido desde el día eterno hasta los nuestros. A veces cantaba santos himnos, bien así como el corazón del hombre canta santas alabanzas; otras veces lloraba, como mujer que encuentra el alivio de sus penas en las lágrimas que vierte de noche; y su tristeza era tan lúgubre y tan tierna, que el corazón se sentía desgarrado por aquellos sollozos hablados. Con más frecuencia se dirigía al espíritu como un preceptor, y cada palabra profunda escrita en el fondo del alma estaba más llena de sano juicio que el hombre lleno de canas que manifiesta con palabras su cordura y experiencia. Todos sus preceptos eran buenos, cada una de sus líneas una ley, y al leerlas era imposible no aprobar su sentido.

»Con objeto de consolar á mis hermanos en sus rudas miserias, solía yo leerles algunas páginas de aquel libro, rodeándonos de misterio y al amparo de las nocturnas sombras, por temor de que el aire llevara á nuestros tiranos la noticia de aquellas lecturas. Allí aprendíamos juntos á servir, á conocer al único Dios, al solo señor, superior á nuestros dioses terrenales; á cada verdad caía uno de nuestros hierros, y al ménos nuestros suspiros subían en libertad. Entusiasmados mis hermanos al escuchar la divina lectura, iban irguiendo sus frentes, contemplaban á sus dioses con mirada ménos servil, conocían que tenían un vengador en los cielos, y algunas palabras que ellos no podían comprender empezaban á inflamar sus espíritus como un fuego entre cenizas.

»Tales síntomas alarmaban ya á nuestros tiranos, sobrecoídos al ver cómo se erguían aquellos gusanos. Largo tiempo anduvieron averiguando qué esperanza oculta comunicaba tal firmeza y arrogancia á sus miradas, hasta que por fin supieron que soplabá un viento sedicioso que dilataba nuestros corazones y rasgaba el velo de nuestros ojos; que un libro amontonaba aquellas tormentas sobre sus cabezas, y entonces juraron, llenos de celosa ira, que habían de desgarrar sus páginas y perseguir á sangre y fuego á cuantos adorasen el nombre de otro Dios que no fuese el suyo. Cuantos les infundieron sospechas de que conocían el libro sufrieron mil

tormentos y perecieron lastimosamente; pero nadie hizo revelación alguna á pesar de los suplicios, ni nadie se cansó de perder su vida por salvar su alma. Temeroso yo entonces de que el nombre en quien el mundo espera muriese para siempre con nosotros, huí secretamente de la infame ciudad, llevando sobre mi corazón la voz de la verdad, y cansando á los verdugos que seguían mis huellas, Dios me deparó este asilo, por lo cual le di rendidas gracias!

»Aquí viví sin más compañía que la del sagrado libro; pero ¿de qué sirve, hijos míos, una antorcha si no luce? ¿De qué me servía vivir alumbrado por mi llama, si mis hermanos morían rodeados de tinieblas, si el nombre del Altísimo, extinguido en el universo, dejaba el crimen en el trono y al esclavo aherrojado en sus hierros? Quise conservar cerca de mí en el mundo la fecunda semilla de ese libro divino, y enviar alguna vez á mis dolientes hermanos grandes acentos de la voz inmortal á fin de que un grito sordo de esperanza anunciara de lejos á sus corazones el día de su emancipación.

»Sabiendo representar los sonidos y grabar las palabras, escribir las cosas por medio de símbolos, descubrir el metal, labrarlo, domesticar las fieras y fascinar las aves, merced á esas artes secretas á que estaba acostumbrado, quise dedicar á ello los largos días de mi soledad, y agucé punzones, forjé martillos, y adelgacé con ellos las placas de metal, y así como por entretenimiento se trazan labores en una hoja con una espina, esculpí la palabra divina con mis aceradas herramientas. Trasladé el libro entero, copiado por mi mano, á las páginas de metal multiplicándolas: mil veces he repetido la misma operación; y tan luego como terminé una página, el águila la coje con su pico encaminada por mi dedo hácia el cielo oriental, traspone el horizonte impelida por sus poderosas alas, dejando tras sí el Líbano y sus cumbres; atraída por el brillo de las cúpulas habitadas, se cierne en los aires sobre las grandes ciudades; oye mugir ese gran volcán de las almas así como desde lo alto de un promontorio oímos el bramido de las olas; y deja caer de su pico el pedazo de metal lleno de

simbólicas figuras, misteriosa página de ese libro sagrado, que parece un celestial mensaje del mismo Dios, y que según donde va á parar, infunde esperanza á los esclavos ó terror á los tiranos. De esta suerte germinará por sí misma la verdad, que voy sembrando á trozos, en el seno de la corrupcion; y si he de morir ignorado en esta gruta, al ménos habré dejado tras mí el santo nombre de Dios!»

Los amantes escuchaban confusos tantas maravillas: todo un mundo nuevo vibraba en sus oídos; y no atreviéndose á hablar, su tímida mirada pasaba del libro al águila y de ésta al anciano. La imágen del gran Dios que hacia tales milagros preparaba en secreto su alma á aquellos oráculos. Daidha, avergonzada de sus viles dioses de madera, los ocultaba entre sus dedos debajo de sus cabellos sueltos; y Cedar volvía á encontrar á Dios en su alma como un fuego cuya llama reanimara el viento. Ambos ardían en deseos de escuchar los acentos de aquella voz sin boca invisible á sus sentidos, de aquel libro divino en que el santo solitario leía los grandes secretos del cielo y de la tierra. El viejo lo tenía cerrado sobre sus rodillas: pero conociendo en las miradas de los esposos sus deseos, se lo hizo besar con los ojos y con la boca, como cuando la reverencia nos hace besar lo que tocamos; en seguida lo abrió con su diestra y leyó al azar, aquí, allá, en esta ó en la otra página en que fijaba por casualidad la vista, y su voz, más grave y más sonora al leer, adquiría una entonacion sobrenatural, semejante á la del órgano de un templo que hiciera resonar en la tierra las palabras de Dios!



OCTAVA VISION

FRAGMENTO DEL LIBRO PRIMITIVO.

«¡Hombres! Al adorar estas páginas, no digais:—Un dios las escribió por mano de sus sabios.—Dios no corta para sí la pluma de caña, ni el buril de metal, ni el ala del ave; no escribe su nombre cual pudiera un niño jugando en el barro ó en una hoja. ¿Qué mármol, ó que granito, qué bronce ó qué metal no se fundirían bajo su mano si su dedo llegase á tocarlos? No encierra el pensamiento eterno en una letra tan pronto muerta como trazada. Las lenguas que zumba un insecto en la tierra no contendrían ese pensamiento si en sonidos estuviese! Para proferir la inefable palabra de Dios, ¿que significa un soplo humano que chocha con el viento fugaz?

»La lengua que él escribe es un cántico sempiterno; sus caracteres son esos astros, mundos del firmamento, y más allá de los cielos otros caracteres más profundos; mundos centellantes velados por otros mundos. El único libro en que escribe su nombre siempre creciente es tu espíritu, oh hombre; es tu razon, espejo de la inteligencia supremo, en el que se refleja alguna sombra de sí mismo al través de las tinieblas